



“Yo soy un político limpio”

Das frases marcaron el espíritu del Debate sobre el estado de la Nación celebrado la semana pasada, un debate trepidante, que había despertado más interés que otros al ser el último de **Mariano Rajoy** y el estreno de **Pedro Sánchez** en tan señalado acontecimiento.

Las dos frases aludidas pasarán a la antología del parlamentarismo hispano: “Yo soy un político limpio”, pronunciada por el secretario general del PSOE, y “No vuelva usted por aquí”, disparada contra éste por el presidente del Gobierno.

Frente al habitual “Y tú más”, tan repetido en el campeonato de la corrupción, **Pedro Sánchez** ha acuñado con su exhibición de limpieza el “Yo no soy como usted”. **Mariano Rajoy** ha atentado contra su imagen de hombre tranquilo, dialogante, coñero, impermeable a los ataques, volviendo al “Váyase, señor **González**” enarbolado, tiempo ha, por **José María Aznar**.

Rajoy, el hombre moderado y dialogante, ha superado a su antecesor en sectarismo al pedir a **Sánchez** no sólo que se vaya, como ser patético y de poca altura, sino que no vuelva por aquí, o sea, por la sede de la soberanía nacional, como si el Congreso de los Diputados fuera propiedad suya. Parece como si la mayoría absoluta le hubiera hecho perder la noción sobre su posición en el espacio. Y en el tiempo.

Al gallego, que se las sabe todas en política, no se le oculta una ley elemental de la comunicación: que en un debate público quien se cabrea pierde y quien descalifica se descalifica. El pueblo soberano percibe el lenguaje gestual más que el discurso mismo, y castiga la prepotencia. **Rajoy** estuvo arrogante y fal-



E. MORENO

Frente al “Y tú más”, Sánchez ha acuñado con su exhibición de limpieza el “Yo no soy como usted”. Rajoy, con su frase “No vuelva usted por aquí”, ha atentado contra su imagen de hombre dialogante, volviendo al sectarismo del “Váyase, señor González” enarbolado, tiempo ha, por José María Aznar

tón pero con una impostada arrogancia que mostraba que estaba tocado. La falta de serenidad en un presidente del Gobierno es percibida con alarma por el respetable. Fue lo que le hizo perder el debate.

Yo no creo que haya que juzgar los debates parlamentarios como un acontecimiento deportivo, como un partido de tenis o un combate de boxeo, que uno gana, pierde o empatata. Con frecuencia en los debates políticos se da la circunstancia, impropia de los encuentros deportivos, de que ambos contendientes pierden. O que ambos ganan.

En definitiva, un Debate sobre el estado de la Nación es, como su nombre, un contraste de pareceres entre la visión que ofrece el Gobierno y las que presentan las oposiciones sobre el estado de salud del país. Lo normal es que el presidente ofrezca una versión arcádica y que los opositores destaquen los aspectos negativos; lo que produce la sensación de que vivimos en países distintos. En el paraíso según el Gobierno y en los infiernos para las oposiciones. Los dos protagonistas, el presidente y el dirigente del primer partido de la oposición, si lo hacen razonablemente bien, si no meten la pata en exceso, pueden darse ambos por ganadores, diciendo lo que quieren oír sus respectivas parroquias.

No es eso lo que ha ocurrido en este caso. **Mariano Rajoy** es un parlamentario de primera, bregado en mil combates a lo largo de dos décadas de presencia en primera línea. Hizo el lunes un primer discurso razonable en el que, sin cebarse en la herencia recibida, que utilizaría en la airada réplica a **Sánchez**, resaltó sus méritos en la mejoría económica y en las buenas perspectivas de crecimiento que permitirían crear tres

millones de empleos, objetivo posible que nos haría a todos felices.

Se centró en la macroeconomía y pasó de puntillas sobre la corrupción, una omisión significativa y delatadora de su vulnerabilidad. No supo calibrar debidamente que ése era el flanco por el que atacaría su adversario sin piedad. Quizás esperaba la contención del mismo ante los casos de corrupción propia, sin percatarse de que **Sánchez** respondía por sí mismo. “Soy un político limpio”. Y que había sacado la escoba.

El socialista era el que más arriesgaba. Ante la ciudadanía y ante su propio partido, que es donde se agazapa el verdadero adversario. Era una ocasión para que los ciudadanos percibieran diferencias con la derecha, rompiendo la denuncia de Podemos, Ciudadanos, UPyD e Izquierda Unida, entre otros, de que PP y PSOE son la misma cosa: un partido bifronte, el “Bipartidismo”, con diferencias meramente cosméticas. **Sánchez** tenía que exhibir maderade alternativa de Gobierno.

Pero, además, el secretario general se la jugaba en su propio partido. Le salió bien su arriesgada jugada de defenestrar a **Tomás Gómez**, un mal candidato a la Comunidad de Madrid, pero no podía permitirse pinchar en su primer Debate sobre el estado de la Nación. Hay algunos compañeros que se sienten marginados observando con las uñas preparadas que el jefe se estrellara. **Sánchez** superó la prueba con nota y se apuntó un tanto sin precedentes: sacar de quicio a **Mariano Rajoy**, la esfinge, el rostro impenetrable.

En definitiva: más propio que decir de forma un tanto simplista que **Pedro Sánchez** ganó el debate sería afirmar que fue el que obtuvo más beneficios en la contienda. ●